

## Putis: Una ciudad sin fantasmas



### **Teresa Francke**

La autora tiene 22 años de edad, estudia Literatura en la PUCP y es practicante de IDL. Integró la delegación que desde Lima fue a Putis a participar de la ceremonia de entierro de los restos debidamente identificados. El artículo es un testimonio de cómo vio y sintió esa parte de nuestra historia que no debería parecer tan lejana.

Putis es una ciudad fantasma. En las ruinas que dejaron los muertos, no existe el menor atisbo de vida humana. El abandono del pueblo se puede sentir al tacto, con el musgo húmedo y tieso que crece de la piedras de las casas abandonadas; o en los techos de ichu que se han ido cayendo con el tiempo. Crece hierba mala adentro de varias casas; la falta de contacto con las personas le ha permitido crecer varios metros, enredarse entre las paredes, desaparecer los techos. Quedan sólo cadáveres de casas, carcacas de habitaciones, como una ballena varada; estructuras de madera que crujen al menor contacto con el mundo real que se aventura a acercarse. Son ruinas, que han sufrido el abandono repentino de su pueblo asesinado. Todo muy frío y mórbido.

Las fosas comunes. Uno espera encontrarse con fosas de varios metros de profundidad, distantes e inmensos. Las encontramos al lado de las casas, o en medio de las construcciones, en donde uno menos se lo espere. Son huecos, rectángulos medianos o grandes y muy poco profundos. Uno no puede evitar preguntarse cómo pudieron entrar tantas personas en esos huecos de quince o veinte centímetros de profundidad. Aparentemente, fueron las propias víctimas quienes cavaron su tumba, bajo el engaño/amenaza de que cavaban una piscigranja. Un reportero nos cuenta que al desenterrarlos, sacaron dos niveles de cadáveres: en el primero y más superficial, adultos, hombres y mujeres con huecos de bala. El segundo nivel, niños. Según los datos, 45% de los cuerpos hallados corresponden a personas que tenían desde menos de un año hasta 17 años. 39 de ellas murieron con lesiones de bala en hueso; dos fueron disparadas y acuchilladas.

Alguien señala a la construcción más grande e indica que esa era la Iglesia del pueblo. “Dicen que ahí encerraron a los niños y le prendieron fuego a la Iglesia”. No puedo evitar notar el color ennegrecido de las piedras, y sentir una ola de náuseas que prefiero atribuir al soroche en vez de al asco.

No se es consciente de la masacre que ocurrió en ese mismo suelo hasta que nos echan los datos. Los pobladores denuncian más de 400 desaparecidos; la CVR presenta una lista con 123 personas, con nombres y apellidos, víctimas de la matanza. Ese día, nosotros enterrábamos 92 cadáveres. Bueno, cadáveres es decir demasiado. Enterrábamos 92 restos, que habían sido encontrados en esas fosas comunes y de las cuales sólo se pudieron identificar 25 con nombre y apellido. También se identificaron tres, pero sólo con apellido; como se asesinaron familias completas, se pueden vincular por el ADN con otro familiar, pero no definir exactamente quiénes son esas personas. Es por esa misma razón, la masacre de familias completas, que hay cuerpos que no pudieron ser identificados: no había a quién tomarle una muestra de ADN.

Esos noventa y dos restos, en sus pequeños ataúdes, fueron enterrados el 29 de Agosto. Eran acompañados, por supuesto, por sus familiares; y marchábamos con ellos varios periodistas. Salimos de Huamanga temprano, y viajamos varias horas en caravana hacia Huanta. Los ataúdes en ese pueblo son bajados y paseados en procesión por el pueblo, hasta llegar a la plaza de armas. Es interesante la participación de niños y jóvenes en la ceremonia. Es a los escolares a quienes se les encarga cargar esos ataúdes macabros. Algunos chiquillos, los más pequeños, se entretienen jugando, felices de perder clases, sin entender muy bien qué es lo que pasa. Los más jóvenes, sin embargo, pasean en la procesión con total seriedad, de alguna manera conscientizados del triste evento al que atienden.

Yo no había nacido cuando se asesinaron a los pobladores de Putis. Me quedan pocos recuerdos claros de la época del terrorismo. Recuerdo a mi madre poniendo cinta de embalaje en las ventanas en cruz, y su explicación, clara y cruda, cuando le pregunté por qué lo hacía. Recibir una respuesta honesta no ejerció mi morbo, como uno esperaría, pero me quedó bien claro que me debía alejar de las ventanas. Por esa misma época, en mi colegio se hizo lo mismo, ya que los salones eran adornados con grandes ventanales. Y recuerdo también la enseñanza más importante que me dieron en el colegio: si escuchan bombas, escóndanse debajo de su carpeta. Incluso tuvimos simulacros. Sonaba el timbre, y teníamos que dejar de hacer lo que estábamos haciendo para meternos debajo de esos pedazos de madera que claramente no nos protegían de nada. Nunca me creí que me protegieran, pero no porque eran carpetas de madera, sino porque, a mi parecer, las patas dejaban espacios demasiado grandes, y por esos espacios entraban perfectamente los pedazos de vidrio que saldrían volando si explotase una bomba. No sé si estos eventos me traumatizaron, pero no suenan al proceso más normal de la infancia, en verdad.

Esta previsión tan particular de que no te maten los terroristas, así de crudo y falaz, regresó a mi vida en Huanta, donde, antes de salir hacia San José de Secce, amarramos trapos blancos en cañas al carro. Hacían de banderas blancas, “por si acaso”.

Llegamos a San José de Secce casi de noche. Alguien me dijo por ahí que ahora se siente más segura, porque están los Dinoes. Reprimo los deseos de señalarle la comisaría completamente destruída por un ataque ocurrido hacía menos de un mes. También evito recordarle las participaciones de la Dinoes en los eventos de Bagua. O los de Majaz. O del ejército en, bueno, la matanza de Putis. Yo, por lo menos, no me siento más segura.

El día siguiente es el entierro. Despierto cinco y media de la mañana, desayuno de una olla común, y subo al carro. Un par de horas después, me encuentro con esa ciudad fantasma. Del lado derecho de la carretera/trocha están las ruinas que restan de Putis, con sus piedras con musgo, su hierba mala y sus rasas fosas comunes. Casi saliendo del pueblo, nos cruzamos con el resultado del programa de reparaciones colectivas: piscigranjas. Aunque son los pobladores los que eligen, me cuesta no ver esto como un chiste de muy mal gusto.

Los pequeños ataúdes son enterrados en pequeños nichos, hechos de ladrillo y cemento, y con los techos pintados de blanco. Los restos se bajan del camión que los transporta a más o menos un kilómetro antes, y llegan a su lugar de entierro en procesión. Algunos familiares velan su ataúd, con un papel con nombre pegado en un lado. Otros, velan todos los ataúdes que tienen un código, imaginando que uno de esos debe ser su hijo o su padre o su amigo o todos los anteriores o sabe dios quién. Los ataúdes parecen pesar mucho más cuando son finalmente cargados y llevados a sus nichos. Nada deja más claro el dolor causado por esas muertes que los llantos de los padres y madres enterrando a sus hijos.

Mientras tanto, Putis, la ciudad fantasma, empieza a poblarse nuevamente. Al lado izquierdo de la trocha que lleva hasta ahí, una treintena de personas se ha aventurado a regresar a su tierra, y habitan en pequeñas casas con techo de calamina. Desollan un cerdo, que han matado para celebrar los eventos del día. El inicio del entierro digno de sus muertos.

Claro que la pena es insoldable. Pero ahora, luego del entierro, Putis aparece menos fantasmal.